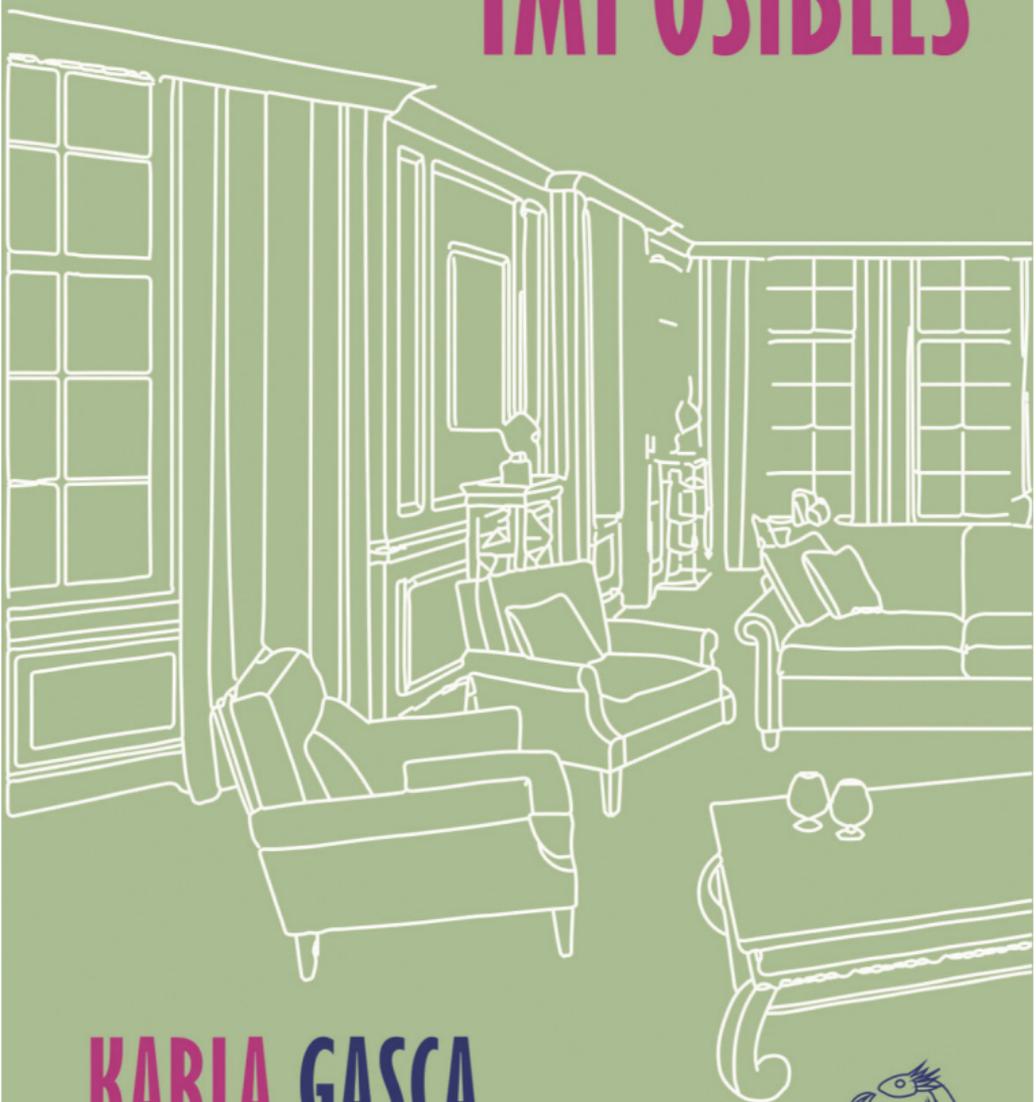
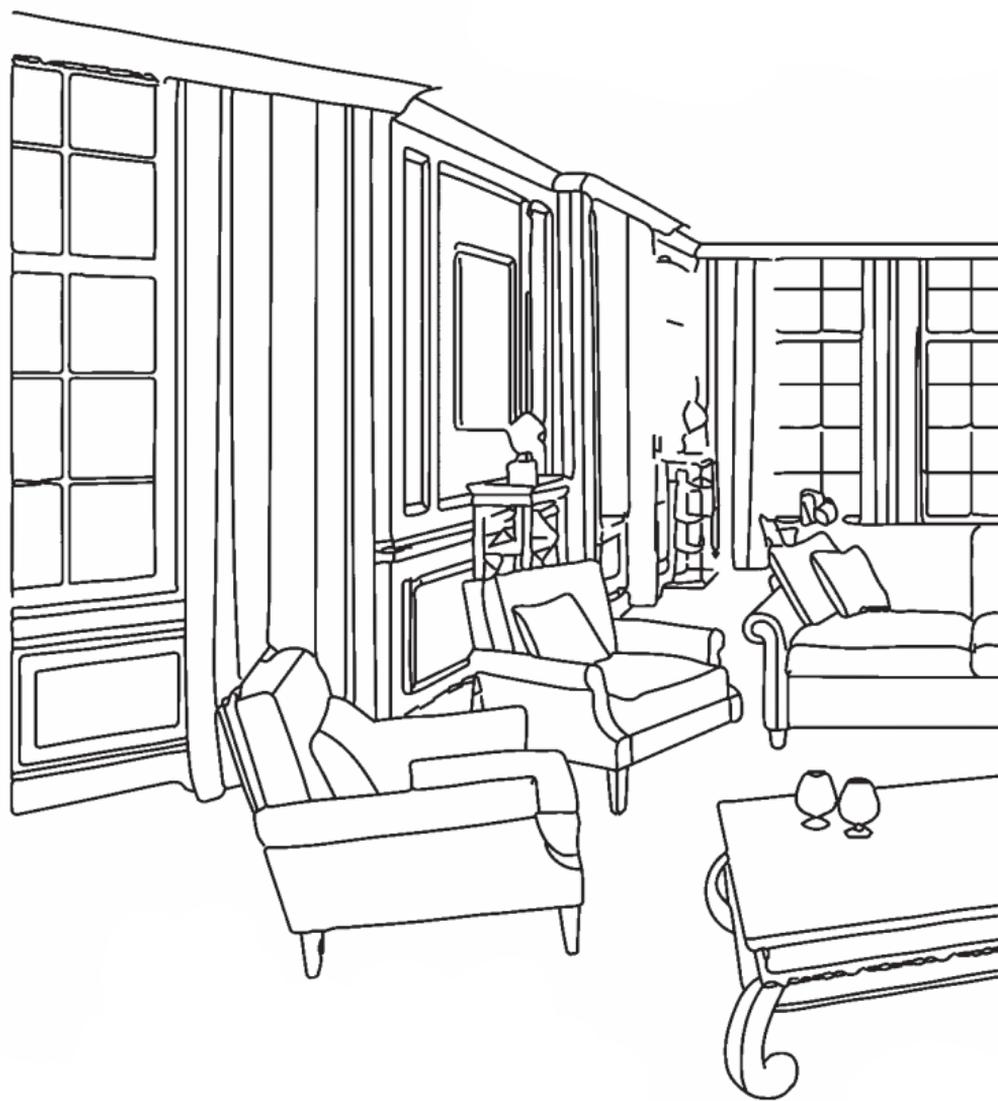


# TURISMO DE CASAS IMPOSIBLES



**KARLA GASCA**





# TURISMO DE CASAS IMPOSIBLES



*Turismo de casas imposibles*

México, primera edición, febrero de 2023

© Karla Evelia Gasca Macías

Colección El Sueño del Ajolote

D.R. © Los Otros Libros

Pedro Hernández Valenciano #36

Fracc. Mineral de la Hacienda

36250, Guanajuato, Gto.

[www.losotroslibros.com](http://www.losotroslibros.com)

Edición: Ana Paulina Calvillo

Corrección: Ana Reza

ISBN: 979-837-6923-51-1

Los Otros Libros promueve la libre difusión del arte y la cultura, es por ello que alienta a sus lectores a descargar y compartir sus publicaciones.

# TURISMO DE CASAS IMPOSIBLES

KARLA GASCA



LOS OTROS LIBROS



## ¿Cómo va la vida últimamente?

*—Bueno —empiezo—, ¿cómo va la vida últimamente?*

*—Como si tuviera un hueso de pollo atascado en la garganta —dice—. Ni me lo puedo tragar ni lo puedo expulsar. Ahora mismo, me conformo con no ahogarme con él.*

VIVIAN GORNICK

Una definición simple de la palabra curiosidad: «Deseo de saber o averiguar una cosa». A partir de este concepto pienso que la escritura de Karla Gasca se basa en la interpretación del mundo a través de la curiosidad, de indagar qué tesoro se esconde en la propia cotidianidad, en lo común.

Parece ser un acto sencillo el de observar pero es más complejo de lo que imaginamos; se necesita atención y paciencia, atributos que —desde mi punto de vista— son indispensables para narrar la vida diaria y convertirla en un evento importante, en una aventura.

*Turismo de casas imposibles* nos otorga la mirada de una espectadora que no sólo ve pasar la vida, sino que se detiene a contarnos sus propias búsquedas con sus posibles respuestas: desde un pájaro confundido que picotea una antena; la aparición de una verruga que se hace su amiga; las visitas a la playa con todos sus deseos enlazados; robos al supermercado como un ritual de unión; hasta las consecuencias de leer la etiqueta de una sopa Campbell's. Anécdotas y recuerdos que la llevan a situarse como una «turista sin ganas de volver a casa».

Los veinticinco microrrelatos que integran este libro son el resultado de una mirada incisiva, sin dejar de lado el sentido irónico y humorístico que existe sólo al detenernos a apreciar los sucesos que nos envuelven y a los que pocos se atreven a poner atención. La escritura de Karla Gasca me recuerda justo a quien vive como si tuviera un hueso de pollo atorado en la garganta, con todo y el desasosiego y las risas que eso implica.

PAULINA MENDOZA

## Pájaro carpintero

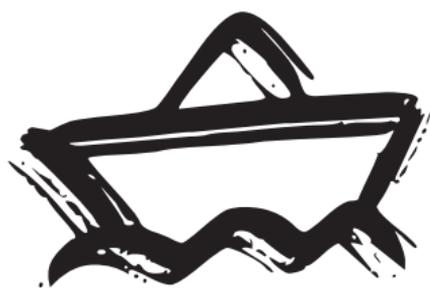
Salgo al jardín y escucho un repiqueteo persistente no muy lejos de donde estoy. Alzo la vista y observo a un pájaro carpintero intentando horadar la columna metálica de una antena celular. No lo juzgo, su picoteo compulsivo me recuerda todas las veces que me he sentido atraída por el artificio: puestos de trabajo con nombres rimbombantes, cuadros, poemas y novelas que al final resultan ser frascos sellados al vacío vestidos con etiquetas coloridas; amores que brillan reflejando la luz del sol y no son más que despojos adornando la banqueta; pero igual los tomo y me los guardo en el bolsillo. No soy diferente a una urraca cleptómana o a un carpintero confundido. El

sonido del repiqueteo metálico me acompaña de regreso a casa. Observo por última vez al ave. Ya se dará cuenta de su error cuando se rompa el pico.



## Lavado de cabello

Hace poco fui a que me cortaran el cabello y la estilista me lavó la cabeza con una muestra de champú caro, muy diferente al que yo uso. Sentirlo expandiéndose sobre mi cuero cabelludo no me gustó nada. Mi cabeza olía a otra cabeza, a una ambiciosa con el pensadero repleto de ideas útiles, llena de conocimientos prácticos, habilidades matemáticas, recuerdos agradables y lenguaje correcto. Una cabeza sana, equilibrada, con olor a melocotón. En cuanto llegué a la casa la metí bajo el chorro de agua fría y vertí sobre ella medio frasco del champú de siempre. El alivio llegó rápido y el desorden regresó, acompañado de un cúmulo de espuma.



## Verruga

Un día desperté con una nueva inquietud, una verruga del tamaño de un grano de azúcar que se instaló en mi vientre. Al principio me molestó su presencia, pero con el tiempo la acepté con resignación, como se aceptan las canas, las arrugas o la grasa acumulada en la zona del tríceps. Nos encontrábamos regularmente en la regadera, aunque siempre fue pudorosa y prefería esconderse debajo de la ropa. La verdad es que nadie la conoció mejor que yo. Un día decidió irse así, sin más, y si bien no esperaba una carta de despedida, un poco de comezón antes de partir me hubiera consolado. En su lugar quedó una pequeña marca, un recuerdo de su paso por mi cuerpo

como la huella de un beso o una caricia. En estos días de incertidumbre y soledad, extraño más que nunca su discreta compañía.



## Embrujo

S oñé que un hombre tocaba a mi puerta y me pedía un mechón de cabello para hacer un hechizo. Le respondía que no porque claramente no quería que me hicieran ningún encantamiento. El hombre me explicaba que el hechizo no era para mí, que sólo necesitaba un mechón de cabello. Lo dejé pasar y mientras lo cortaba, el hombre se convertía en gato. Envolvía el mechón en papel y se lo entregaba, el gato lo tomaba en su hocico y se iba por la ventana.

Creo que tuve ese sueño porque el otro día me corté el cabello y tiré los pelos por el balcón para que se los llevara el viento, pero no había viento y cayeron directo al piso de abajo. Los recogí para que no hicie-

ran mal uso de ellos, podían tomarlos para hacer un amarre. Si no me creen, pregúntenle a un gato negro o a los muertos del cementerio a los que les falta algún hueso.

Guardé mi cabello en un alhajero junto con las uñas, muelas y otros objetos de los que no me he podido desprender por el mismo temor.



## La playa

Cuando tenía veinte años acampé en una playa virgen. Quebrantamos propiedad privada, caminamos por horas en la selva hasta llegar a la orilla del mar. Encontramos arena blanca, agua clara y torsos desnudos, morenos y brillantes. Hombres bellos que tensaban sus músculos con un ligero movimiento del cuello. Pronto anocheció. Teníamos hambre y esos hombres, jóvenes como nosotras, con torsos, brazos y piernas fuertes, se metieron al mar. Recuerdo que todo estaba oscuro y los imaginé ahogados en la negrura, pero aparecieron un par de horas después con tres langostas gigantes. Las mataron azotándolas contra unas rocas hasta romper su coraza

y cortaron su carne con navaja. Olían deliciosas al fuego, pero no pude comerlas. Abracé la botella de vodka y me quedé dormida sobre la arena. Me despertó la resaca y los cangrejos diminutos que caminaban por mis brazos y piernas. De nuevo torsos desnudos, mojados, trepando palmeras, bajando cocos para el desayuno. Recordé a los chicos blancuzcos e insípidos que conocía de la ciudad, que apenas lograban atarse las agujetas de los zapatos. Estos buceaban de noche y cortaban cocos con machete. Los miraba y ajustaba mi cuerpo en la arena a la espera de que algún cangrejo extraviado diera un paseo por mi vientre.

Ese día me pregunté a qué sabe la carne de langosta y juré regresar, libre de culpa, a probar esa y otras delicias del mar.

## Magia yoruba

A veces me pregunto si traigo al Negro encima, y es que cuando fui a Cuba se me apareció un negro enorme con los ojos en blanco mientras intentaba asearme bajo un chorro de agua en el baño miniatu-  
ra del hostel. Simplemente cerré los ojos y apareció sentado frente a mí. Pensé que estaba impresionada por el viaje. Ver cuerpos fuertes, negros como nunca había visto, altos, musculosos y sudorosos que me ofrecieran sexo como si vendieran pulse-  
ras; ver tripas de pescado pudriéndose bajo el sol, amarradas a dos palos en forma de cruz con un listón rojo, tiradas a mitad de la calle; esas ventanas por las que llegué a pa-  
sear los ojos y las salas repletas de muñecas.

Todos esos cultos afrocubanos me hicieron ver a un negro en el baño y tener sueños sobre tótems y caras de demonios apiladas unas sobre otras. Como sea, no creo que tenga al Negro encima, no ahora que estoy tan aburrida y el día tan nublado. No querrá quedarse acá, en esta ciudad contaminada, en este cuerpo y en esta mente que se derrumban como los balcones de La Habana Vieja, aunque lo sigo viendo cuando cierro los ojos y recuerdo ese «¡Señorita!, ¿busca un poco de cariño?, venga acá que yo le enseño». Esta vez me doy la vuelta, lo miro a los ojos y le digo que sí, que quiero su cariño, su cuerpo y su magia yoruba, cualquier cosa que me haga sentir que no soy otra turista sin ganas de volver a casa.

## Chiripa

**E**nvidio la demencia de mi perra de dieciséis años. Despreocupada y liviana, flota por la casa como semilla de diente de león. Se acuesta en donde le llega el cansancio y espera que uno la esquive o la cargue y lleve de vuelta a la almohada. Va a beber agua y lo olvida a mitad del camino, regresa y hasta que está en la sala recuerda que tiene sed. Olfatea el plato a lo lejos y saborea antes de beber. Camina con la calma del que sabe que el agua espera. Bebe y se acuesta a un lado del plato por si la sed regresa. Duerme y sueña un sueño que siempre será secreto. Todos los días marca el mismo árbol del jardín y su hora favorita del día es cuando nos sentamos a la mesa y

le llueven trocitos de pollo, pasta y tortilla. Su mundo es ese, el del agua fresca, del sueño repentino, del árbol del jardín y de los pequeños manjares. Su mundo es ese que olvida todos los días.



## Ideas radiactivas

**E**l otro día tuve una buena idea mientras me bañaba. En realidad, eran dos buenas ideas. Pensé: «¡Carajo, no me hagan esto!, ¿qué quieren, que salga desnuda a buscar pluma y libreta?, pues no, eso no lo voy a hacer». Y no lo hice. Cuando intenté retomar el hilo de mis pensamientos una vez seca y vestida, nada salió, o sí, pero nada que valiera realmente la pena. Sucede que aquel par de ideas, tan buenas como eran, se habían ido por la coladera junto con los restos de piel muerta de ese día. Sucede que eran del tipo de ideas que se manifiestan únicamente cuando estoy desnuda y se quedan sólo si estoy dispuesta a desfilarme en cueros por la casa hasta alcanzar una

libreta. O quizá eran del tipo de ideas que me juegan una broma y desaparecen cuando estoy a punto de tomar la pluma, luego de que el vecino me vio las nalgas y todo lo demás, o segundos antes de resbalar y desnucarme. Nunca lo sabré. Seguramente están adheridas a un par de cucarachas resistentes a la radiación.



## Pandemia

**M**i vecina «la loca» vive en el último piso. Un día se deshizo de sus muebles a causa de una plaga de la que sólo ella sabe, conservando una silla y una mesa de plástico que coloca en la terraza para que Romeo, su perrito, goce de la vista panorámica y ladre a sus anchas. Desde hace años se ha dedicado, con entrega absoluta, a pulir el antiguo oficio de fastidiar a los vecinos, sorprendiéndonos con técnicas que habían permanecido en la cámara oscura de la imaginación más retorcida. Pero hay algo nuevo: desde que comenzó la pandemia mantiene un silencio sospechoso.

Esta tarde un repartidor de comida le trajo un pastel. Me bastó con observarla un

minuto desde abajo, desde mi posición de miga humana con cubrebocas, para comprenderlo. La diosa trastornada, inflada de orgullo en su Olimpo de la torre G, saboreaba una enorme rebanada de pastel para celebrar la lenta pero segura destrucción de nuestra psique.



## Armónica El Centenario

*A los Franciscos*

**M**i abuelo Francisco pasó los últimos años de su vida en un asilo para ancianos. Recuerdo que mi papá, que también se llamaba Francisco, guardaba una armónica en el cajón de la esquinera de la sala y únicamente disponía de ella cuando íbamos a visitar a mi abuelo, lo cual sucedía un par de veces al año. Mi abuelo tenía demencia y le costaba trabajo reconocer a su familia, aunque yo a veces pensaba que no era por la enfermedad. Mis tíos le regalaban cigarrillos Alas y debía estar atenta para quitarle el cigarro justo antes de que se consumiera, para que no se quemara aún más los dedos amarillos. Yo era una niña que no rebasaba los diez años y muchos de los ancianos del

asilo mostraban entusiasmo al vernos a mí o a mis primos que apenas entendíamos lo que era esa casona gigante con paredes de color verde esmeralda y una Virgen de la Luz adornando el comedor. Creo que veían en nosotros el reflejo de sus hijos cuando eran pequeños, o se inventaban nietos imaginarios, o bien, recordaban a esos nietos que sí existían, pero que ya no los visitaban.

Lo cierto es que mi abuelo apenas nos reconocía, poca cosa recordaba ya de días pasados, pero la memoria se activa de formas misteriosas y cuando mi padre le ofrecía la armónica El Centenario, mi abuelo la tomaba entre sus manos y después de observarla, se la llevaba a los labios y comenzaba a soplar. Nunca he vuelto a escuchar música parecida, jamás he conocido a nadie que toque la armónica con ese entusiasmo frenético. Mis piernas se movían, poseídas por el ritmo de un blues endemoniado; mi padre aplaudía, pocas veces lo veía tan feliz y por un momento, aquel lugar triste, con

olor a orina y humedad, se transformaba en un sitio luminoso. La música penetraba en las paredes, subía por las escaleras, se colaba en cada habitación y hasta el viejo más sordo parecía disfrutarla. La fiesta improvisada llegaba a su fin cuando alguna de las monjas del asilo pedía que guardáramos silencio y nos recordaba que los visitantes pronto tendríamos que retirarnos. Una vez en casa, papá guardaba la armónica en su cajón, detrás de los casetes de Cat Stevens y Santana.

Mi abuelo murió un día que no era de visitas. Estoy segura de que esa música, interpretada desde la ambigüedad de la demencia, entre la melancolía y la dicha inconmensurable, continúa resonando en las paredes del asilo.



## Arquitectura orgánica

A veces olvido el valor de la tranquilidad. Poco a poco me he acostumbrado al horrible sonido de la bomba de agua destartalada. Aquí las paredes parecen de papel. No me sorprendería que en cualquier momento alguien se recargue y caiga de bruces dentro de mi habitación. El tufo de las cebollas picadas hace llorar al resto de los inquilinos. Cuando atacan los problemas de ansiedad, las cosas se agravan. Procuro familiarizarme con algunos sonidos con humilde resignación, incluso logré ignorar aquellos ruidos imprescindibles: martilleos, llanto de niños, hasta discusiones. El truco está en aislarse dentro de los sonidos propios y molestar de igual manera.

Podría haber seguido así, inmersa en mi propio silencio, de no haber llegado un mayor distractor. El increíble rechinar de la cama por encima de mi cabeza supera por mucho el ruido de la bomba de agua. El techo desprende pequeños trozos de yeso que comienzan a caer sobre mi frente y nariz. Reconozco que se trata de un sonido rítmico, casi musical. Me entretengo prendiendo y fumando un cigarro tras otro mientras continúa la feroz odisea jazzística. No deja de sorprenderme la vigorosidad con la que mis colindantes relatan sus historias amorosas. Una salvaje y surtida acción melódica acompañada con matices de gemidos y gritos en horas en las que los oídos son poco tolerantes.

En otras circunstancias aquel escándalo me hubiera resultado cómico o hasta estimulante, pero la apatía y el anhelo del sueño profundo me hacen arrullar el cigarro entre los dedos y merodear los cansados ojos que flotan en bolsas negras e hinchadas.

Creía ingenuamente que aquello no duraría mucho; estaba muy equivocada. Terminé por resignarme, por formar un trío de manera indirecta con mis vecinos, por despreocuparme de los sonidos y sus causas, dejando que el yeso se acumule sobre mi frente hasta formar una pequeña montaña nevada.



## La cueva

Tenía seis años cuando me escondí en un exhibidor circular del que colgaban abrigos tan largos que tocaban el piso. Sólo tenía que quedarme quieta en el centro del exhibidor y nadie me encontraría. Mamá se dio cuenta de mi ausencia pasados cinco minutos, pero mi padre se tardó mucho más; estaba muy ocupado viendo relojes que no podría comprar ni en sueños.

Escuché que me llamaban, repetían mi nombre y yo sólo apretaba la palma de mi mano izquierda contra la boca para ahogar una risita que amenazaba con delatarme. Después de una hora la voz de mi mamá cambió, temblaba como cascabel en el cuello de un gato. Nada ponía más nervioso a

mi padre que los momentos de desconsuelo de mamá, así que amenazó con un castigo horrible. Temí abandonar mi escondite; lo mejor sería permanecer ahí hasta que todos se calmaran y mi padre olvidara el asunto del castigo.

Entonces esperé. Escuché el ir y venir de pasos sobre la duela, el repiqueteo de los tacones de las vendedoras, el llanto de mamá, las preguntas de los policías, las explicaciones de mi padre y el sonido de la cortina metálica de la tienda al bajar por la noche.

No sé cuánto tiempo ha pasado, pero las luces se han apagado y prendido cientos de veces. Me gusta mi nuevo hogar, esta cueva afelpada con olor a humedad a la que nadie se asoma, quizá porque estos abrigos pasaron de moda hace mucho, mucho tiempo.

## El dedo

**D**esperté con una imagen perturbadora: un pordiosero tirado en la calle pidiendo limosna con las palmas de las manos extendidas hacia arriba. En el sueño me acercaba un poco y descubría que tenía tres manos y una de ellas le salía por la bragueta del pantalón.

El primer café de la mañana lo reservo para interpretar mis sueños, el segundo para imaginar cómo habría sido mi vida si hubiera estudiado Ciencias Genómicas. Como sea, estaba a punto de terminar la primera taza cuando me vino a la mente un recuerdo. De niña solían bañarme con uno de mis primos. Tenía unos cuatro o cinco años cuando descubrí algo extraño, diferen-

te. Le pregunté a mi abuela sobre esa protuberancia que le salía a mi primo de entre las piernas y ella respondió que era un dedo. Me dijo muy seria que los niños tenían diez dedos en las manos, diez más en los pies y uno extra. En ese momento me invadió una inquietud difícil de sobrellevar. Lo que había visto y lo que mi abuela había dicho me resultaba tan extraño que de inmediato creí en todas las historias de terror que me inventaba. Imaginé que en las entrañas de mi primo había una mano y que, por alguna razón, sólo se asomaba un dedo. Veía mis manos y reconocía su función. Podía tomar mi vaso de Choco Milk y sujetar el control de la televisión, pero ¿qué utilidad podría tener un sólo dedo entre las piernas? También pensé que dentro de nosotros crecían miembros de repuesto en caso de que perdiéramos uno. Me llegué a preguntar si ese dedo tenía uña y si había que recortarla.

Un día, mientras jugábamos en el vivero, mi primo se bajó la bragueta y se puso a ori-

nar, entonces todo cobró sentido. Después llegué con más preguntas que nadie nunca me respondió. A la fecha me sorprende la capacidad de los adultos para convertir en pesadillas los asuntos más comunes.



## Grito perfecto

**T**odos los días despierto dando un grito. El proceso consiste en jalar aire lentamente por la nariz y liberarlo de golpe por la boca al tiempo que me estiro y me quito las lagañas. Bien dicen que las mujeres podemos hacer varias cosas a la vez.

Expulsar un grito recién abro los ojos es una de las sensaciones más agradables. Cuando intento explicar el placer que me provoca utilizo alguno de los siguientes ejemplos:

- a) Morder la cutícula alrededor de la uña.
- b) Reventar un rollo de burbuja con los dedos.
- c) Extraer un barro o un punto negro enterrado.

La primera vez que desperté dando un grito era apenas una niña y no he parado desde entonces. Siempre me piden explicaciones, pero no tengo nada que aclarar. Hay quienes necesitan un café bien cargado a primera hora de la mañana, están los que se dan un regaderazo con agua fría para comenzar el día y yo, simplemente grito.

Reconozco que mi expresión presenta un gran inconveniente: aleja a las personas que amo. Mi madre me corrió de la casa y utiliza tapones para los oídos cada vez que la visito. Dice que no está dispuesta a escucharme. Tampoco tengo novio ni nada que se le parezca. Si un hombre bueno y cariñoso insiste en quedarse a dormir, le advierto sobre el grito, pero si resulta ser mal amante prefiero que lo descubra por sí solo a las seis de la mañana. Me divierte contemplar sus caras de espanto y la rapidez con la que toman sus pantalones del piso.

Los vecinos se han acostumbrado. Dejaron de llamar a la policía y se limitan a mi-

rarme con odio cuando nos encontramos en el estacionamiento. El único que parece comprender es Spike, el perro del portero que suelta su propio aullido cada vez que me escucha.

Una vez intenté parar a petición de una amiga con la que compartí departamento por un brevísimo periodo, pero no pude. El grito es superior a mis fuerzas, es mi propia fuerza tratando de huir por la ventana de mi boca.

De no soltar mi alarido matutino sufro terriblemente. Siento que se me retuercen las tripas, me explota la cabeza y no puedo respirar. Estoy convencida de que no hay necesidad de sufrir.

Por la noche, antes de hundir la cabeza en la almohada, pienso en el grito del día siguiente. Lo visualizo, imagino sus peculiaridades y sueño con el grito perfecto, definitivo, que logre elevar mi espíritu y resuene más allá de mi partida.



## Karma

**M**i perra era feliz antes de que yo la adoptara, cuando comía únicamente croquetas; ahora el alimento gourmet descompuso su estómago y cualquier otra cosa que no sea pollo a la plancha le parece poca cosa. Todas las mañanas se recuesta junto a mí, pegada a mi pecho y le contagio mi angustia, una angustia que ningún perro debería cargar sobre su lomo. En consecuencia, se rasca detrás de las orejas y se muerde las patas frenéticamente. Pasa tanto tiempo a mi lado que ya se volvió neurótica. Busca la atención de los humanos, pero es incapaz de convivir con otros perros.

Hace poco hubo una pelea. Si un perro se le acerca, de inmediato lo ataca, pero no

se defiende. Siempre le dan una paliza y ella sólo aúlla, nunca usa los dientes, excepto cuando me muerde a mí. He visto como otros perros se reponen de inmediato después de una pelea, cuando no salen realmente lastimados. Mi perra se entristece, humillada, agacha la cabeza y se lame las heridas en alguna esquina. Mi perra sufre, sufre tanto que ya no se asoma por la ventana del auto cuando vamos de paseo. Prefiere sentarse en el asiento del copiloto y pensar. A veces me da miedo, otras envidio su capacidad de introspección.

Quisiera recomendarle a mi terapeuta, pero es un tema delicado; estoy segura de que tuvo una infancia difícil. Cuando llego a la casa ya no me recibe alegre, no da brincos ni ladra, se limita a observarme desde el sillón de la sala y me lanza una mirada hostil. Nunca sé si me mira así porque me tardé demasiado o porque regresé. Quizá en mi próxima vida reencarne en una perrita maltés con problemas existenciales y

entonces el universo estará un poco más equilibrado.



## En familia

Mamá y yo robamos cosas del supermercado. Hay familias que se reúnen todos los domingos alrededor de una carne asada. Tíos, abuelas y primos que hablan de su último viaje a la playa o discuten quién será el próximo en ir a la tienda por una Coca Cola de litro, pero nosotras, que somos nuestra única familia, jugamos póker los sábados por la noche y robamos jabones, esmalte de uñas y mayonesa del supermercado. Caminamos por los pasillos como lo hacemos por la vida, con la cara en alto.

Los vecinos me juzgan por solterona y a mamá la consideran una vieja amarga, pero nada de eso nos importa; hace mucho que

cargamos solas el garrafón con agua. Tampoco es que tengamos la necesidad de robar, es más bien un ritual que nos mantiene unidas. Tenemos nuestra técnica y nos comunicamos con la mirada cuando advertimos la presencia de algún empleado vestido de civil. Fue mamá quien me enseñó a lavarme los dientes y ahora yo la instruyo para que logre identificar las etiquetas que activan la alarma en la salida. Me encanta ver su sonrisa, esa que asoma cuando saca la mantequilla de la bolsa de su chamarra y aplaudo como si acabara de ver un acto de magia. Me gusta verla feliz, aunque la mantequilla se derrita y nunca lleguemos a untarla en el pan que sí pagamos porque es demasiado grande para esconderlo.

Un día mamá encontró a una niña abandonada en un carrito del supermercado. Estaba en el pasillo de enlatados con la cara cubierta de lágrimas. Buscamos a su madre por la sección de carnes frías, por la panadería y congelados, pero no la encon-

tramos. Decidimos llevarla a casa junto con una caja de galletas que nos ayudó a esconder debajo de su cuerpo. Cada vez que regresamos al supermercado la llevamos con nosotras por si aparece su madre, pero en el fondo deseamos que eso no pase. Estamos contentas de tenerla en casa. Jugamos con ella y la llevamos al parque. Disfrutamos viendo cómo se divierte cuando mi madre hace su truco de magia y saca de la bolsa el montón de dulces que robó para ella.



## La intrusa

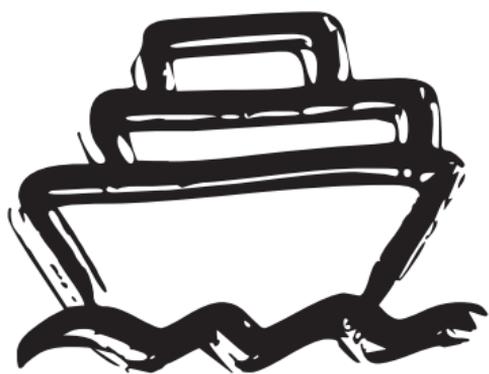
*A May y su amor por los bichos*

Un día desperté y de camino al baño, lo primero que vi fue a mi mamá recostada en su cama, completamente quieta con la mirada fija en un punto de la pared que tenía enfrente. «¿Qué es eso?», me preguntó, señalando con el dedo. Entré a su habitación y no supe si preocuparme por su vista deteriorada o por la cucaracha gigante que descansaba en la pared, a unos centímetros por debajo del techo. La cucaracha era del tamaño de mi puño y aunque mis manos no son muy grandes, sería injusto calificar mi puño como pequeño.

Mamá fue por el insecticida Casa y Jardín para después treparse, decidida y valiente, en una silla y vaciar directamente el

líquido tóxico sobre el insecto que no pareció inmutarse. Pasados unos cuantos minutos, mientras celebramos ingenuamente nuestro triunfo sobre el invertebrado, éste comenzó a moverse extendiendo las alas y caminando con torpeza, dando un brinco inesperado hacia el escritorio, donde alcancé a ver unos puntos blancos por debajo de las alas, alrededor de su regordete cuerpo peludo que a esa corta distancia parecía ser aún más grande. Corrimos aterrorizadas y cerramos la puerta del cuarto con la esperanza de convertir la habitación en una cámara de gases. Mi mamá decidió olvidarse un rato del asunto y continuó con sus actividades, mientras que yo regresé a mi habitación. Al poco tiempo escuché un golpecito en la puerta del cuarto contiguo. Miré con recelo la línea debajo, por donde se asomaba la luz y decidí tapparla con cinta adhesiva. Mamá propuso colocar cinta todo alrededor, cubriendo el marco de la puerta por completo. Y eso hicimos. Ya

han pasado varias semanas desde entonces. Escuchamos ruidos dentro, a veces el sonido de la televisión. Hemos descubierto que le gustan las novelas viejas que transmiten pasadas las once de la noche.



## *La mer*

Vine a la playa sola y he tenido mucho tiempo para observar. Hoy vi, por ejemplo, a una niña que entró al mar con su perro. El perro ratonero movía las patas aterrorizado. Jadeaba, se sacudía y continuaba moviendo las extremidades como si nadara, incluso fuera del agua. También miré a un hombre entrar al mar con un bebé en brazos. El bebé lloraba y el hombre entraba más y más. La madre sonreía desde la orilla y les tomaba fotografías. Hay algo en común entre perro y bebé. Ambos comparten ese terror primigenio que provoca el mar, monstruoso e imponente.

Si el mar así lo quiere te lleva y te escupe muerto o te revuelca y te desnuda por

diversión. Existió antes que nosotros y merece respeto, o más bien lo exige y, para recordárnoslo, se come a un vacacionista de vez en cuando y lo regresa a la orilla mucho tiempo después en forma de concha, de piedra o de chancla.



## León enjaulado

Conozco a un hombre que camina de un lado a otro sobre la misma banqueta. La recorre rápido y nunca va más allá del pedazo de concreto. Cuando llega a la orilla da la vuelta y recorre el mismo camino de regreso hasta la otra orilla; entonces gira como si un muro invisible le impidiera el paso.

La primera vez que atravesé por su banqueta me asustó al dar una vuelta cerrada y caminar detrás de mí. Yo esperaba un comentario lascivo, incluso un asalto, pero me rebasó y continuó con su papel de león enjaulado como si yo no existiera. La segunda vez comprendí que sólo era un hombre mayor recorriendo la banqueta de un lado a otro con tal decisión que parecía dispuesto

a dejar un agujero debajo. Traía audífonos, uno de esos gorros que se usan para acampar y unas bermudas, un atuendo muy adecuado para caminar por la misma banquetta al mediodía.

Hoy lo vi de nuevo y, al pasar junto a él, me miró y me deseó un buen día. Le contesté con una sonrisa. Me entraron ganas de acompañarlo y contarle que también tengo experiencia en eso de caminar y caminar sin llegar a ninguna parte y que me gusta perder el tiempo en actividades aparentemente improductivas, pero me ganó el pudor. No soy nadie para llegar e irrumpir su manía, así como así. Concluí que lo mejor sería buscar mi propia banquetta, una que no fuera muy amplia pero tampoco estrecha para recorrerla todos los días a la misma hora. Quizá algún día alguien pase por allí y se pregunte qué hago recorriendo el mismo pedazo de concreto una y otra vez. Quizá se busque una banquetta para averiguarlo.

## Menguar

Los consultorios del centro de la ciudad son tan viejos como los doctores que los atienden. Cuando menos lo pensé estaba cruzando el pasillo que conducía hasta la puerta del médico familiar más viejo de todos, o al menos así me pareció cuando lo vi dormitando detrás de su escritorio. Necesitaba una rápida inspección médica y un certificado, eso era todo, así que cometí la osadía de despertarlo. Respingó y me miró por detrás de sus anteojos. No lo sabía, pero esos consultorios tienen protocolos irrompibles y despertar abruptamente a sus moradores puede resultar fatal.

Quise reparar mi falta de tacto dándole los buenos días, pero el médico, con la cara

surcada por las arrugas, no respondió. Su edad rondaba entre los setenta y los cien años, pero caminaba con soltura. Su paso contundente me dejó helada. Se acercó a mí con una velocidad inusual y comenzó a examinarme. Me miró de arriba abajo y de abajo arriba.

El anciano médico reparó en mi angustia y me regaló una sonrisa desdentada que me puso aún más nerviosa. Luego de hacerme algunas preguntas de rutina regresó detrás de su escritorio y comenzó a teclear en una máquina de escribir negra con incrustaciones doradas que había permanecido oculta debajo de una montaña de recetas médicas. El sonido de los dedos pesados y callosos cayendo sobre las teclas retumbó en el local.

Caminé discretamente hacia la puerta, pero el médico me lanzó una mirada agresiva. Esperé unos minutos parada frente a él, viendo cómo la máquina de escribir escupía poco a poco el certificado médico. Cuando los lentes comenzaron a resbalar

por su enorme nariz, repleta de arañas venosas, se detuvo y arrancó la hoja de tajo, estirándola hacia mí. En ella estaba escrito mi nombre, edad, tipo de sangre y medidas. Todo correcto, a excepción de mi altura. Yo medía un metro setenta y el papel indicaba un metro sesenta y cinco centímetros. Estuve a punto de reclamar cuando el anciano señaló la puerta con el dedo índice más chueco que he visto. Di las gracias en un susurro que no estoy segura que haya salido de mi boca y caminé de regreso por el pasillo que me pareció mucho más largo y oscuro.

Una vez en la calle, la luz del día me deslumbró. Caminé por la avenida con una sensación de extravío. Llevaba el certificado en mi mano derecha y no dejaba de temblar. Me sentía extraña, con náuseas. Estuve a punto de desvanecerme cuando vi mi reflejo en un aparador y descubrí horrorizada mi acortamiento. Tiempo después, cuando al fin logré procesar lo ocurrido,

pasé por la calle en donde se encontraba aquel consultorio, pero no había rastro de él. Pregunté a la dependienta de una farmacia que se encontraba sobre la misma calle; no sabía nada, de hecho, me aseguró que nunca había visto un consultorio cerca de allí. Al despedirme, la chica elogió mis zapatos de tacón.



## Nido de canas

**M**e arranqué las canas y las tiré por la ventana. Las halló un pájaro que hizo su nido con ellas.

Sus polluelos nacieron viejos; daban sermón y chiflaban boleros. El pájaro abandonó a sus polluelos. Sentí culpa y los metí en mi casa. Escuché paciente sus historias de juventud, cuando estaban dentro del huevo y eran felices.

Hoy compré un tinte para el cabello—base número 5, castaño cobrizo— y les pedí perdón.



## Ruta 16

**H**ay jorobas más grandes que otras. Eso lo descubrí al viajar en la ruta 16. El calor era insoportable y el camión estaba lleno de gente con el rostro descompuesto. Un hombre de unos setenta años con sombrero vaquero vociferaba a otro anciano en la parte de enfrente.

Todo comenzó porque uno le cedió el asiento preferencial al otro, quien lejos de agradecer su gesto, se sintió profundamente ofendido. «Esta joroba me la hice chingándole en la maquila desde chamaco y así ando», le gritó el anciano que permanecía parado, aferrado a su sombrero y al tubo por encima de su cabeza, señalando su espalda encorvada y negándose a ocupar el

asiento que el otro le ofrecía. «Pues este dedo me lo destrocé en la tenería», respondió el anciano que comenzaba a ponerse de pie con mucha dificultad.

Después de esa primera interacción, una lluvia de improperios escapó de las bocas desdentadas. Pronto la discusión subió de tono y se convirtió en una feroz competencia. Todo apuntaba a que el victorioso sería el más jodido.

La primera contienda la ganó el anciano del sombrero, ya que el otro hombre había estirado su playera por la parte del cuello para mostrar su joroba, descubriendo con mucha frustración que era mucho menos notoria que la de su rival. Luego de ganar el primer asalto, el anciano del sombrero presumió una horrible protuberancia y el segundo alzó el muñón en donde antes se encontraba un dedo índice, agitándolo en el aire. El otro respondió rápidamente, levantándose el pantalón para presumir una úlcera de diabético, un

golpe del que el otro anciano difícilmente se podría recuperar.

La discusión fue subiendo de tono y el chofer tuvo que intervenir. Después de un giro brusco les gritó a ambos que se sentaran o se bajaran. El hombre del sombrero quedó sentado sobre su contrincante, que brincó para repelerlo. La señora que estaba detrás los miró con repudio mientras que el de la joroba menos pronunciada le mostraba al otro una horrible cicatriz que loide en el brazo derecho.

Después de unos minutos, el señor del sombrero se retiró cuando el chofer le lanzó una mirada enfurecida. No le quedó otra opción que caminar a la salida de atrás, refunfuñando. Parecía decepcionado de su soportable estado de salud, afligido de que los lunares que aderezaban su calva no fueran cancerígenos. Bajó derrotado en la siguiente parada.

El hombre que en un inicio había cedido su asiento no se paró cuando una mujer

embarazada subió al camión. Seguramente seguía saboreando su triunfo, orgulloso de sus heridas de guerra.



## Pellejos

Tengo la costumbre de arrancarme pellejos de los labios. Se trata de una actividad inconsciente. Cuando siento el tirón y veo la sangre, me doy cuenta de lo que acabo de hacer. El otro día mis dedos encontraron un pellejo especialmente grande y tiré con fuerza. Sentí como si me arrancara un pedazo de cara. La sangre empezó a brotar de forma alarmante y recordé la famosa escena del elevador en la película *The Shining*, de Stanley Kubrick. Coloqué asustada mi mano derecha sobre el labio, apretándolo con fuerza. Con eso sólo logré embarrarme. Parecía una forajida en la selva. Creí que había quedado desfigurada. Pensé que a raíz de ese infortunio no ten-

dría más opción para sobrevivir que visitar secundarias públicas y ofrecer charlas sobre el peligro que implica arrancarse los pellejos.

Me imaginé entrando a un patio repleto de adolescentes con barros y yo, con el rostro tapado con una bolsa de tela y agujeros para los ojos, como el hombre elefante. Luego de ponerme en el centro, la directora se acercaría y descubriría mi rostro. Los chicos gritarían aterrorizados mientras ella, usando un altavoz, les diría algo como: «Esto que ven aquí son las terribles consecuencias de la ansiedad». «Esto pasa cuando le dan muchas vueltas a un asunto en su cabeza». «Observen con cuidado a esta mujer que preocupada por absolutamente todo e incapaz de mantener el control de sus emociones, terminó por desfigurarse». Seguramente remataría con un pequeño sermón sobre el abuso del alcohol y las drogas. Yo extendería un sombrero, explicando, o más bien balbuceando, que usaría

el dinero recaudado para pagar una cirugía reconstructiva.

Al final la herida no fue tan grave. El médico puso un par de puntos y me recomendó tomar medicamento para controlar la ansiedad. Señaló que las pastillas eran un remedio eficaz contra la angustia, pero podrían provocar somnolencia, náuseas, alteraciones de la memoria, de la atención, de la concentración y probablemente, depresión. Sonrió y a manera de broma me dijo que por lo menos en sueños no podría arrancarme nada. Estaba equivocado. Al poco tiempo descubrí que sí podía y que resultaba mucho más placentero.



## Sopa Campbell's

**D**e niña creía que mi vecina era bruja. Me asomaba por la ventana y la veía barrer. Apretaba la escoba con sus dedos curvos y levantaba una nube de polvo, entonces yo imaginaba que desaparecería entre carcajadas en medio de aquella polvareda. La observaba con mucha curiosidad, como se mira a un pájaro despanzurrado sobre el asfalto. Al bajar las escaleras alternaba quejas y rezos; usaba siempre vestidos largos de colores oscuros y mangas entalladas alrededor de los brazos rollizos. Sus piernas, llenas de várices, me recordaban a esos mapas de los ríos de México que nos hacían memorizar en geografía. Si en mi urgencia por salir a jugar cometía el des-

cuido de pasar junto a ella, me envolvía un olor agrio, parecido al que desprendía la ropa vieja y apolillada en el armario de mi abuela, que no se levantó de su cama desde que le dio una embolia.

Más allá del miedo, su presencia me afligía profundamente. Junto a ella me sentía cansada y con un nudo en la garganta como cuando mi madre me regañaba.

Un sábado escuché sus zapatos de tacón bajito persiguiéndome como en una pesadilla. Apuré el paso, pero de inmediato me gritó: «¡Niñaaa!» y paré en seco, víctima de ese cruel hechizo de sumisión impuesto por los adultos. Di la vuelta esperando ver algo horrible, pero en vez de una culebra con cara de gato, me acercó una lata de sopa Campbell's y pidió que le leyera las instrucciones. Sus ojos se hundían en mi cabeza. Después de una torpe lectura, le regresé la lata y corrí con urgencia a los columpios, o a algún otro juego que me animara y me distrajera de ese pensamiento que ya no se

salía de mi cabeza: esa mujer, esa anciana,  
era mi yo del futuro.



## Turismo de casas imposibles

Mamá y yo tenemos una actividad favorita, la llamamos «turismo de casas imposibles». Consiste en identificar residencias a la venta en colonias ricas y solicitar una cita para conocerlas por dentro. Un día o dos después de llamar a la inmobiliaria, nos encontramos en el portón con el representante. Mamá y yo nos vestimos especialmente para la ocasión, con mascaradas, lentes oscuros y blusas con cuello de tortuga. Parecemos actrices perdidas de los años ochenta, como Jessica Lange y Molly Ringwald, aunque no en su mejor momento.

Una vez en la casa, hacemos comentarios rimbombantes del tipo: «Esta cocina es simplemente deliciosa» o «Qué habitación

tan perfectamente iluminada» y cuando el vendedor muestra demasiado los dientes, soltamos un comentario del tipo: «Aquí no cabe el sillón reclinable de la abuela».

En algún momento, después de acariciar el mosaico y deslizarnos sobre el piso de mármol perfectamente pulido, el vendedor nos dice el precio y entonces viene la frase de mamá: «Me parece razonable», seguida de mi intervención: «Debemos pensarlo un poco más» y el guiño de mamá al vendedor, como si ese aleteo de pestañas invalidara por completo mi comentario, ofreciendo un poco de esperanza al pobre hombre.

Mientras mamá dicta su número de teléfono —siempre da el número de alguna carnicería—, aprovecho para dejar mi firma en la habitación principal. Saco un plumón de mi bolso y marco mi estatura a un lado de la puerta, como vi que hacían en muchas películas gringas.

----- 1.70

Al finalizar la charla, nos despedimos cordialmente del vendedor y le comunicamos que nuestro auto está a la vuelta, en la otra cuadra. Insiste en acompañarnos, pero nosotras insistimos para que no lo haga. Le regalamos sonrisas de Jessica Lange y Molly Ringwald y nos alejamos, primero caminando, luego trotando porque no tenemos auto y lo queremos perder de vista.

Una vez lejos de la casa, mamá y yo reímos hasta quedarnos sin aliento, pero minutos después se pone seria y me dice: «No sé, la tina de hidromasaje era muy pequeña, ¿no crees?». Lo pienso por un momento y respondo que, en efecto, lo era. También me alcanza la tristeza al pensar que no habrá casa que se ajuste a nuestras exigencias: tinas grandes para darnos baños burbujeantes y olvidar nuestros problemas, pisos amplios y brillantes en los que podamos bailar hasta caer rendidas y jardines siempre frondosos que nos recuerden a la abuela. Eso sí es difícil de encontrar.

## Karla E. Gasca Macías

(León Guanajuato, 1988)

Ha publicado en revistas como Ritmo Imagen y Crítica. Imaginario Fantástico Mexicano Volumen I de la UNAM y Tierra Adentro. Algunos de sus cuentos figuran en las antologías: *Para leerlos todos* (2009), *Poquito porque es bendito* (2012) y *Presencial, memoria del encuentro entre colectivos literarios del Seminario Amparán* (2021). Coordinó la antología *Crestomatía-Gymkata, 10 autores guanajuatenses* (2020). En 2022 obtuvo el apoyo PECDA en la categoría Jóvenes Creadores para la creación del libro de crónicas: *Nemi. Historias de una ciudad*. También obtuvo el primer lugar en el Tercer Certamen de Cuento Corto otorgado por la Casa de la Cultura Efrén Hernández.

Redes: IG kareve88, Facebook: Karla E. Gasca, Twitter: @charlevs  
Correo: charlevsgasca@gmail.com

# Índice

7	¿Cómo va la vida últimamente?
9	Pájaro carpintero
11	Lavado de cabello
13	La verruga
15	Embrujo
17	La playa
19	Magia yoruba
21	Chiripa
23	Ideas radiactivas
25	Pandemia
27	Armónica El Centenario
31	Arquitectura orgánica
35	La cueva
37	El dedo
41	Grito perfecto
45	Karma
49	En familia
53	La intrusa
57	<i>La mer</i>
59	León enjaulado

61	Menguar
65	Nido de canas
67	Ruta 16
71	Pellejos
75	Sopa Campbell's
79	Turismo de casas imposibles



# Turismo de casas imposibles

editado por Los Otros Libros dentro de la colección El Sueño del Ajolote, se terminó de imprimir en febrero de 2023, en Custom Printing SA de CV.

Para su composición se usaron las tipografías Garamond, Apple Garamond para los títulos y A Anak Cute para las viñetas.

La edición estuvo a cargo de Ana Paulina Calvillo y Ana Reza.

El tiro consta de 100 ejemplares.



